



CEREMONIA INAUGURAL: "HUMANIDADES Y EVALUACIÓN"

Carmen Balart Carmona

En mi calidad de Decana de la Facultad de Historia, Geografía y Letras, me ha correspondido inaugurar el **Quinto Congreso de Humanidades: "Evaluar las humanidades, humanizar la evaluación"**.

Detengámonos brevemente en el título:

Evaluar. ¿Qué es evaluación? Los enfoques más actuales consideran la evaluación como un proceso de comunicación que facilita la construcción de conocimientos (Dolores Quinquer, 2000, p. 13). Si la persona es capaz de construir conocimientos, significa que aprende a usar la información para formular juicios que utilizará, a su vez, para tomar sus decisiones.

A veces, la evaluación se ha centrado, preferentemente, en medir los resultados de los aprendizajes, enfatizándose, así, la medición, es decir, el aspecto psicométrico. En este caso, se da importancia inusitada a los resultados del aprendizaje y se pone el acento en el método (no en el sujeto), en el instrumento que hace posible la medición de los resultados. Evaluar adquiere, entonces, connotaciones técnicas y de cientificidad; y las pruebas tipo test aparecen como la manera más objetiva y adecuada de medir los resultados del aprendizaje por su pretendida fiabilidad y por la posibilidad de cuantificar los resultados. Desde esta perspectiva, la evaluación se transforma en un instrumento destinado casi exclusivamente a medir resultados finales de aprendizaje.

De este modo, se relega a un segundo lugar, el proceso de autoevaluación desde el sujeto y la detección y análisis de los obstáculos o problemas que se generan en la dinámica del enseñar-aprender. Esperamos que, a través de este Congreso, se reafirme la idea de la evaluación en cuanto proceso permanente de mejoramiento y de perfección de cada uno y del grupo. Con ello, se busca desechar la carga de negatividad que confunde evaluación con calificación, de sello más bien punitivo, castigador. Si se dan las condiciones de autoconocimiento, de perfeccionamiento en un ambiente de creatividad social, el sujeto siempre va a tender a la valoración y construcción de una realidad éticamente más humana.

Por ello, todo acto de evaluación debe llevarse a cabo pensando en el evaluado y en la responsabilidad que le cabe al evaluador, puesto que las decisiones de ambos: *evaluador y evaluado*, no sólo los afectan a ellos en cuanto polos del proceso, sino que, a veces, recae, con violencia castigadora, en una familia. Sucede, por ejemplo, en el mundo laboral: un mal desempeño puede culminar en una deficiente evaluación, lo cual puede afectar no sólo al evaluado, sino a toda su familia. Por ello, el proceso está signado con el sello de la responsabilidad ética que afecta al evaluador y al evaluado, ya que si el evaluador centra su tarea en el instrumento más que en la persona, puede producir un resultado perturbador, incluso defectuoso.

Humanizar. Lo anterior nos lleva a un segundo planteamiento: es necesario relacionar *evaluación y humanidades*, puesto que, en educación –tal como decíamos y sabemos– la evaluación siempre ocurre entre personas: la que evalúa y el evaluado, lo cual lleva la evaluación al ámbito de las humanidades, cuyo centro es y será siempre lo humano, considerado el

hombre, la mujer, de modo genérico, individual y social. Por tanto, es necesario formar a los seres humanos como seres pensantes: que entiendan el para qué de las cosas. Por una parte, *para qué enseñamos*; por otra, *para qué aprendemos*.

Desde esta perspectiva, el aprendizaje se concibe como una construcción personal del sujeto, influida tanto por las características personales del que aprende (sus ideas previas, los hábitos ya adquiridos, las experiencias anteriores, sus paradigmas de conocimiento, la motivación, etc.), como por el contexto social. De este modo, la condición personal, interpersonal y comunitaria constituye la idiosincrasia de lo humano. La evaluación debe convertirse, entonces, en el mejor instrumento que permita mejorar la comunicación y facilitar el aprendizaje del sujeto, favoreciendo el desarrollo de personas que necesitan construir e integrar sociedades humanas o, mejor dicho, cada vez más humanas.

La Mesa Redonda que inaugura el Quinto Congreso de Humanidades es de una importancia capital tanto por el tema en sí como por el prestigio de sus participantes, quienes representan distintos planteamientos y voces autorizadas por la seriedad con que asumen el proceso educacional. El tema elegido: *El ingreso a la educación superior: ¿evaluar para ingresar a la universidad o evaluar para medir los logros del sistema educacional chileno?*, ha sido seleccionado porque nos hemos cuestionado, por nuestra realidad de Universidad formadora de profesores, qué le corresponde valorar a la educación superior, cuál es el rol que debe autoasignarse ante el alumno que se incorpora a sus aulas. Además, el debate que se suscitó entre el mantenimiento de la Prueba de Aptitud Académica, su cambio por otra pauta de evaluación, la transitoriedad de la actual, la incorporación de los jóvenes a la educación superior, los parámetros bajo los cuales serán seleccionados. En todo caso, pareciera que se ha dado una importancia preponderante al instrumento a través del cual se evalúa y no al sujeto evaluado.

La Segunda Mesa Redonda: *La evaluación y sus efectos en el evaluado*, está centrada en el alma de la Facultad de Historia, Geografía y Letras, en el tópico de las humanidades. Nos asalta una pregunta de capital importancia: *¿Cómo debemos preocuparnos de la persona a quien se requiere evaluar?* Las decisiones que se adopten pueden influir, muchas veces, de modo trascendental en el evaluado y afectarlo –decíamos– no sólo a él, igualmente, a su familia.

La Tercera Mesa Redonda: *Cultura evaluativa*. El vocablo cultura apunta a tradición, al legado histórico que ha construido el hombre a lo largo de su historia y, asimismo, sugiere al ser histórico contingente y trascendente que es cada uno de nosotros, al hombre, a la mujer, que, en el proyecto de su vida, autoevalúa su quehacer, hace, rehace, enmienda, corrige, mejora; y, también, valora la conducta de los demás en interacción con el quehacer propio: proceso de evaluación y de heteroevaluación. Cada hombre, cada mujer, no está desligado de su pasado, enraiza en él, y, a través de su vida, conecta el pasado con el presente y en un anhelo constante de superación, en una tensión indefinida hacia algo, conecta el presente con el futuro. El término cultura está metido en la raíz misma de todo acto educativo que implica construcción de conocimientos y comunicación; es decir, evaluación.

Si cultura implica tradición, legado, formación, educación, no cualquiera puede adjudicarse el rol de evaluador. Debe estar preparado como persona y como académico para asumir tal función. Si no es una persona que posea condiciones innatas y adquiridas para ejercer el rol de evaluador consciente y solidario, puede convertir su función en un acto rígido, mecánico, impersonal, simplemente una técnica. La cultura evaluativa se convierte, entonces, en una traba tan rígida que no admite que el evaluador se abra a otros medios; por ejemplo, a la tecnología, imparable en nuestro mundo contemporáneo.

He aquí algo que los evaluadores debemos considerar: ¿Cómo enfrentar el advenimiento de la tecnología en el campo de la educación? ¿Desde este ámbito de la tecnología es posible humanizar la evaluación?, o bien ¿es posible tecnologizar la evaluación? Es éste un desafío para los evaluadores.

Cuando estábamos definiendo los lineamientos del Quinto Congreso de Humanidades, como Facultad, como Decana, nos planteamos un desafío que, ineludiblemente, hoy día, le corresponde asumir a nuestra Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación y es el siguiente: estamos en un constante proceso de autoevaluación académica y en una permanente dinámica de evaluación del proceso Universidad.

Por ello, sería muy beneficioso y oportuno para nuestra Casa de Estudios Superiores que todos juntos, como comunidad constituyéramos una instancia académica que surgiera acorde con la esencia que singulariza a nuestra institución: la de ser una Universidad formadora de profesores. Así, desde nuestro quehacer propio y desde nuestro campo de acción educativo, crearíamos una instancia evaluativa que analizara lo que sucede en la educación chilena. De este modo, desde nuestro propio campus nos transformaríamos en una voz autorizada, en una opinión actualizada y vigente, debidamente fundamentada, acerca del quehacer educacional en el país. Sobre todo, porque en nuestra institución se forman los docentes de todos los niveles de educación del país: Educación Pre-escolar, Educación Básica, Educación Media, Educación Diferencial y los Programas de Educación Continua. Dicha instancia debería involucrar a toda la comunidad universitaria y sería un referente institucional, un eje articulador, un *Centro de Opinión Educacional Autorizada*.

En educación existen diferentes tipos de evaluación: por ejemplo, formativa, procesual, de logros, etc; pero, en la vida también se da la evaluación y existen distintas formas de evaluar la vida que originan procesos de evaluación diversos: por ejemplo, personal, social, política, de amistad, de comportamiento, de amor, etc. Así considerado, desde la vertiente de la vida, no podría terminar mis palabras sin aludir a dos escritores, quienes, a través de la literatura nos entregan poéticamente su evaluación de la existencia a través de la valoración del tiempo, categoría que limita y trasciende la realidad humana de cada uno de nosotros. Cuando hablan del tiempo, nos entrega cada uno de ellos, más que su visión del mundo, su evaluación experiencial y la comunican de un modo peculiar, acorde con su idiosincrasia poética y humana.

Jorge Luis Borges, en su poema *Límites*, (“El hacedor” en *Obras completas*, p. 849), se expresa desde la evaluación del tiempo que limita, el tiempo es lo fatal, el devenir que todo agota y signa las cosas del mundo y del hombre con el sello de la muerte, es el destino de cada mortal:

“Hay una línea de Verlaine que no volveré a recordar.
Hay una calle próxima que está vedada a mis pasos.
Hay un espejo que me ha visto por última vez.
Hay una puerta que he cerrado hasta el fin del mundo.
Entre los libros de mi biblioteca ...
Hay alguno que ya nunca abriré.
Este verano cumpliré cincuenta años:
La muerte me desgasta, incesante.”

Por su parte, María Luisa Bombal, se manifiesta desde el presente continuo, inagotable, fugaz, infinito. Evalúa el tiempo más allá del límite; por eso, para ella, el tiempo no existe. El sujeto, con su capacidad imaginativa, puede trascender lo que aísla, lo que separa, y

enfaticar con ahínco, con esperanza, con compañía, su fe, en la vida, en el amor, en la unidad Yo – Tú:

"¿El tiempo? ¿Qué es el tiempo? Pero, ¿cómo se mide y valoriza el tiempo? Un hecho ocurrido años atrás, puede hoy seguir siendo tan importante como lo que estoy haciendo en este momento. No existe el tiempo. Es una infame invención moderna para justificar el apresuramiento. Sencillamente, rehusó creer que existe. Para mí, mis amigos no envejecen jamás, porque no creo en el tiempo ..."

21 de noviembre de 2002